

Por las tierras del cóndor y del águila negra

Por: Fabio Martínez

La precocidad entre nuestros escritores ha sido una constante que casi siempre se ha pagado a un precio muy alto pues, por lo general, el joven escritor que comienza a hacerlo desde muy temprana edad, se va secando con los años hasta el punto que al final de sus días vive de una gloria pasada y termina, como dicen las letras de los viejos boleros, añorando un tiempo perdido que ya no existe.

Este no es precisamente el caso del escritor caleño Mario Rey quien a los cincuenta años de edad nos presenta su primera novela titulada: *Por las tierras del cóndor y del águila negra*.

A quienes tuvimos la fortuna de conocerlo en su juventud, nunca dudamos que Mario, en su incesante búsqueda por la vida, algún día nos iba a sorprender con algo grato y provechoso para el espíritu.

Mario Rey perteneció a esa generación de ángeles clandestinos, como dijo el poeta Raúl Gómez Jattin, y aunque su primera juventud fue un tanto loca y desbocada, los amigos cercanos siempre estuvimos seguros que algún día iba a canalizar toda esa energía desbordante que lo caracterizaba y nos iba a ofrecer algo profundo y sustancioso de su vida.

En su primera juventud, Mario fue un muchacho que caminó en las marchas estudiantiles, pegó carteles y agitó a las masas oprimidas; como buen demócrata amó a varias mujeres al tiempo, bailó y bebió como una cuba.

Luego, cuando la situación del país fue insostenible, decidió optar por el exilio voluntario y se fue a vivir a México.

Como tantos artistas e intelectuales que hoy conforman la diáspora colombiana, se instaló en la capital azteca, y desde allí comenzó a

tener una actividad cultural intensa, que lo llevó a fundar la revista La Casa Grande y a organizar las Semanas colombo-mexicanas donde desfilaron artistas y escritores de la categoría de Teresita Gómez, Fernando Vallejo, Juan Manuel Roca, Ever Astudillo y Marco Tulio Aguilera Garramuño, entre otros.

Durante esos largos años de exilio, cada vez que nos encontrábamos en Cali, Bogotá o México siempre nos hablaba de una novela que estaba escribiendo. Hasta que un día llamó feliz desde México anunciando que por fin la había terminado

Por las tierras del cóndor y del águila negra, que hoy sale publicada bajo el sello editorial de la Universidad del Valle, es una novela que narra la historia de un joven en busca de su padre. Detrás de esta historia personal donde se escucha el eco literario de Juan Rulfo, se cuenta la historia social y política de Colombia durante los primeros cincuenta años del siglo XX.

La novela, escrita con un lenguaje sobrio y sencillo, recoge la tradición narrativa de las sagas familiares que florecieron en el continente con William Faulkner, Gabriel García Márquez y Jorge Amado.

Es un retrato íntimo, donde a través de ese niño que viaja con su madre a Bogotá en busca de su padre, se van narrando los primeros cincuenta años de un país, que al día siguiente del tufo que dejaron las guerras civiles del siglo XIX, vivió enfrascado en las luchas partidistas, creando con ello un país polarizado y excluyente.

Mario Rey recurre a la memoria individual para reconstruir la vida de ese niño desamparado, que tomado de la mano de su madre o mientras juega con la cadena plateada que cae del bolsillo del chaleco de su abuelo o mientras escucha las historias de su tío Pedro, toma conciencia, que como colombiano y como mexicano, es decir, como latinoamericano, es un hijo de nadie; es Juan Preciado, un hijo de Pedro Páramo.

En Colombia, según las últimas estadísticas oficiales, de cada cuatro niños que nacen uno crece sin padre.

Esta cifra aterradora, que pone en peligro la formación y destino de nuestra juventud es una temática que desde Juan Rulfo ha estado presente en la narrativa del continente.

Por las tierras del cóndor y del águila negra es una novela colombiana que le hace un merecido homenaje a Juan Rulfo, uno de los más grandes escritores de la lengua española.

Es un hermoso palimpsesto donde la metáfora del hijo que va en busca de su padre, vuelve a resurgir como en una pesadilla.

“Vine a Bogotá porque me dijeron que aquí vivía mi padre, un tal Pedro Páramo”.

Éste parece ser el epígrafe que iluminó a Mario Rey, al escribir su primera novela.